

bir víveres y provisiones. Mr. Otto, negociando francamente, convino en que la Francia sacaría de aquellos grandes ventajeros, pero también añadió que las necesitaba muy considerables para resarcirse de lo mucho que por su parte concedía dejando pasar el estío sin completar la destrucción de los ejércitos austriacos.

Con esta pretensión se exigía de la Inglaterra un sacrificio que nada en el mundo podía resolverla á hacer, que era el que permitiese abastecer á Malta y al Egipto, y quizás asegurar para siempre aquellas dos posesiones á la Francia; era también permitir á la grande escuadra franco-española salir de Brest, pasar al Mediterráneo y tomar allí una posición que la hiciese nuevamente dueña de aquel mar por un tiempo más ó menos largo. No podía, pues, la Inglaterra acceder á semejante proposición; sin embargo, le tocaba muy de cerca el peligro del Austria, y tenía grande interés en no consentir que se la aniquilase, porque destruída el Austria, el general Bonaparte pudiendo disponer libremente de todos sus recursos, era capaz de intentar alguna empresa formidable contra las islas británicas. Creyó por consiguiente deber sacrificarse á un interés de esta especie, y sin dejar de clamar contra la extrañeza de un armisticio naval, presentó un proyecto con fecha del 7 de septiembre de 1800 (20 fructidor del año VIII). Aceptaba primeramente el punto de Luneville para la celebración del congreso, y designaba para tratar sobre paz general á Mr. Thomas Grenville, hermano del ministro de Negocios extranjeros. Proponía después en cuanto al armisticio marítimo el siguiente sistema: quedarían suspendidas todas las hostilidades en mar y tierra; la suspensión de armas sería común, no sólo á las tres partes beligerantes Austria, Inglaterra y Francia, sino también á sus aliados. Esta disposición iba enderezada á libertar á Portugal de las instancias amenazadoras de España. Las plazas marítimas bloqueadas, como Malta y Alejandría, quedarían asimiladas á las plazas de Alemania y abastecidas cada quince días en proporción al consumo que se verificase en el intervalo transcurrido. Los buques de guerra de alto bordo, fondeados en Brest y otros puertos, no podrían mudar de fondeadero durante el armisticio.

Este contraproyecto era por parte de la Inglaterra más bien un testimonio de consideración hacia el Austria, que una concesión positiva sobre el punto capital de la negociación. Podía Malta en verdad ganar en recibir provisiones durante algunos meses; pero el Egipto no tenía necesidad de víveres, pues podía enviar granos á todo el mundo; sí de soldados, fusiles y cañones, de los cuales carecía.

La Francia, sin embargo, aun cediendo en ciertos puntos, podía sacar grandes ventajas del armisticio naval, y admitirle aun cuando fuese con algunas modificaciones.

El 21 de septiembre (4.º día complementario del año VIII) el primer cónsul hizo por última vez una proposición, consintiendo que los buques de línea de alto bordo no pudiesen cambiar de fondeadero, lo cual condenaba á la escuadra combinada de España y Francia á permanecer bloqueada en Brest; solicitaba que Malta fuese abastecida cada quince días á razón de diez mil raciones diarias; consentía que continuase bloqueado el Egipto; pero exigía que pudiesen hacer la travesía de

Tolón á Alejandría y volver sin ser registradas seis fragatas de su elección.

Su intento en esto era bien claro, y obraba muy cuerdamente en no disfrazar un interés que adivinaban todos al primer golpe de vista. Pretendía armar dichas seis fragatas á modo de urcas, cargarlas de hombres y municiones de guerra y enviarlas á Egipto; y esperaba que podrían llevar cuatro mil soldados, muchos fusiles, sables, bombas, balas, etc. Lo sacrificaba, pues, todo para reducirse á su objeto esencial, que era el avituallar á Malta y el aumentar el ejército de Egipto. Pero la dificultad quedaba siempre la misma en el fondo por más esfuerzos que de una y otra parte se hiciesen para minorarla; porque se trataba de que la Francia conservase á Malta y al Egipto, y sobre este interés no quería transigir la Inglaterra. No había, pues, modo de entenderse, y la negociación quedó abandonada por la repulsa que se hizo en Londres al último proyecto de armisticio naval. Antes de romper definitivamente aquellas conferencias, envió el primer cónsul á título de buen proceder su última proposición á Inglaterra; renunciando á todo armisticio se prestaba á tratar con ella en negociación separada de la que iba á entablarse con el Austria.

Corría el mes de septiembre de 1800. Habían transcurrido muchos meses en estériles negociaciones desde las victorias de Marengo y Hochtett, y no quería el primer cónsul dejar pasar más tiempo sin obrar.

El Austria amenazada había respondido que no podía obligar á Inglaterra á firmar un armisticio marítimo, que ella por su parte se ofrecía á negociar inmediatamente; que ya había nombrado á Mr. de Lherbach para que pasase á Luneville, y que éste iba á partir sin tardanza; que Mr. Thomas Grenville esperaba por su lado sus pasaportes, y que por lo tanto se podía negociar sin dilaciones; pero que no era necesario renovar las hostilidades mientras las negociaciones durasen y derramar aún más torrentes de sangre humana. El primer cónsul conocía perfectamente el secreto intento de dar largas para llegar al invierno, persistía anunciando las hostilidades y dando sus órdenes al efecto. Había empleado con fruto los dos meses transcurridos dando la última mano á la organización de los ejércitos; he aquí sus nuevas disposiciones en esta materia.

Dijimos que Moreau se había visto precisado á volver á enviar al Rhin al general Sainte-Suzanne con algunos destacamentos para reunir las guarniciones de Maguncia y de Estrasburgo, y hacer frente á las partidas levantadas por el barón de Albin en el centro de Alemania. Quedaba así debilitado el ejército de Moreau y al mismo tiempo era insuficiente el medio para proteger sus espaldas. Con objeto de prevenir todo peligro por aquel lado, se apresuró el primer cónsul á completar el ejército báltico que tenía á sus órdenes Augereau. Componíase éste de ocho mil holandeses y doce mil franceses, unos y otros sacados de las tropas que custodiaban la Holanda y de los departamentos del Norte. Estas tropas, que eran las que más habían sufrido en las precedentes campañas, podían ser consideradas ahora como cuerpo excelente, después del descanso de que habían disfrutado y del complemento de reclutas que habían recibido. Augereau se había trasladado á Francfort; allí con su presencia contenía á las bandas maguntinas del

barón de Albin y á los destacamentos austriacos que quedaron en las cercanías. Tomada esta precaución, el cuerpo reorganizado de Sainte-Suzanne, cuya fuerza ascendía á unos diez y ocho mil hombres, volvió al Danubio donde formaba de nuevo el ala izquierda de Moreau, de resultas de lo cual el ejército activo del Rhin ascendió á más de cien mil hombres.

En la incursión que el ejército de reserva había hecho en Italia, parte de los cuerpos destinados á componerle y cuya completa formación no hubo tiempo de esperar, debió forzosamente quedar rezagada. En vez de los sesenta mil hombres, que era la fuerza efectiva proyectada, sólo habían podido reunirse cuarenta y tantos mil. Con estos cuerpos rezagados formó el primer cónsul un segundo ejército de reserva de quince mil hombres, y confiando su mando á Macdonald, le situó en la tierra de los Grisones enfrente del Tirol; con esto pudo Moreau hacer que se le juntara su ala derecha, mandada como es sabido por Lecourbe, y reunir para un caso necesario la masa total de sus fuerzas, si tenía que forzar la barrera del Inn.

El ejército de Italia por su parte, situado en las orillas del Mincio, según el convenio de Alejandría, sin tener que pensar ya desde la presencia de Macdonald en la Suiza y en el Tirol, pudo acercar sus alas á su cuerpo de batalla y reconcentrarse de modo que le fuera dable entrar inmediatamente en acción. Componíase de las tropas que habían atravesado el San Bernardo, de las que por el San Gotardo habían sido sacadas de Alemania, y finalmente de las tropas de la Liguria que habían defendido á Génova y al Var; descansado y repuesto ahora, presentaba una masa total de cerca de ciento veinte mil hombres, de los cuales ochenta mil estaban reunidos sobre el Mincio. Se nombró á Massena en un principio general en jefe de este ejército, y él, en efecto, era el único que podía mandar dignamente; pero por desgracia habían ocurrido entre la administración del ejército y los gobiernos italianos enojosas desavenencias. Aunque trasladado al centro de la fértil Italia, y dueño de los ricos almacenes que dejaron los austriacos, no había gozado el ejército que ocupaba la Península de todo el bienestar á que le daban derecho de aspirar sus largos padecimientos. Pretendíase que los agentes de la administración habían vendido parte de dichos almacenes; al mismo tiempo los gobiernos del Piamonte y de la república Cisalpina se quejaban de estar abrumados de contribuciones de guerra, y se negaban á pagarlas. En medio de aquella confusión hacíanse graves cargos á la administración francesa, y se formulaban quejas contra el mismo general Massena. Fué en breve tal el clamor público, que el primer cónsul creyó que debía separar á éste y poner en su lugar á Brune. Brune, aunque dotado de singular ingenio y bizarría, era en el fondo un general adocenado y un político todavía menos que mediano. Era uno de los caudillos más ardientes del partido demagógico; mas no por esto dejaba de ser sinceramente afecto al primer cónsul, que sabía agradecerlo. No habiendo podido darle un mando activo durante la campaña de primavera, quiso el primer cónsul dárselo en la campaña de otoño. Su victoria de Holanda le hacía muy recomendable en el concepto público, pero la separación de Massena era una pérdida para el ejército y para el mismo primer cónsul. En su justo

resentimiento iba aquel digno militar á convertirse, á pesar suyo, en objeto de esperanzas para una turba de intrigantes que conspiraban aun en aquellos momentos: no lo ignoraba el primer cónsul, pero tampoco quería tolerar el desorden en parte alguna, lo cual en verdad no merece censura. Agregó el primer cónsul á aquellos cuatro ejércitos un quinto cuerpo alrededor de Amiéns. Destacó de las medias brigadas que quedaron en el interior los cuadros de las compañías de granaderos, los completó con reclutas de aventajada talla, y formó de ellos un cuerpo arrogante de nueve á diez mil soldados escogidos destinados á acudir aceleradamente á las costas, caso de que los ingleses intentasen algún desembarco, ó á pasar á Italia para cubrir las alas y las espaldas del ejército principal, haciendo lo mismo que hacía Augereau en Alemania. Confióse á Murat el mando en jefe de este ejército.

Todo esto se hizo en cuanto al nuevo alistamiento por medio de las levas decretadas por el cuerpo legislativo, y en cuanto á los gastos con los recursos rentísticos recientemente creados. Nada faltaba ahora á aquellos diversos cuerpos; hallábanse bien mantenidos y armados, y tenían caballos y un material completo.

No es mucho que el primer cónsul estuviera impaciente por utilizar tales recursos á fin de arrancar la paz al Austria antes del invierno; por lo cual mandó á Moreau y á Brune trasladasen su cuartel general para que se prepararan á renovar las hostilidades. Mandó á Moreau que lo pusiese en conocimiento del general austriaco en el plazo estipulado en el armisticio, y sólo le permitió prolongar la suspensión de armas, cuando el emperador se conviniese en abandonar al ejército francés las tres plazas actualmente bloqueadas de Philipsburgo, Ulm é Ingolstadt. Con esta condición accedería á prolongar por otras cinco ó seis semanas la tregua; bien lo merecían en efecto aquellas plazas. Ocupándolas se conseguía tener sobre el Danubio una excelente base de operaciones; entraba en línea el cuerpo que las bloqueaba, y se ganaba además tiempo para enviar una de las alas del ejército de Italia hacia la Toscana y el reino de Nápoles, país donde continuaban aún las levas en masa por instigación del Austria y con el dinero de Inglaterra. Tales fueron las órdenes despachadas al cuartel general de Moreau.

El emperador de Alemania por su parte, sin perder tiempo, empleó con la mayor actividad los subsidios suministrados por la Inglaterra, acelerando las nuevas levas decretadas en Bohemia, Moravia, Hungría, Stiria y Carintia. El ministro inglés Wickam había establecido una especie de oficina en muchas ciudades de Alemania, con objeto de comprar soldados que fuesen á guerrear por la coalición. Los cuerpos bávaros y wurtembergeses acababan de adquirir considerable aumento por medio de un nuevo subsidio. Independientemente de los fondos facilitados al Austria, algunos reclutadores ingleses habían tomado á costa de su gobierno dos regimientos compuestos de barqueros sacados de los ríos de Alemania y destinados á facilitar su paso. Diez mil labriegos, mediante un salario y bajo la dirección de los ingenieros austriacos, levantaban formidables trincheras en toda la línea del Inn, desde el Tirol hasta la reunión de aquella corriente con el Danubio. Entre Viena y Munich todo estaba en movimiento; el estado mayor del

ejército austriaco había sido completamente renovado; Mr. de Kray, á pesar de su experiencia y vigor en el campo de batalla, había sido partícipe de la desgracia de Mr. de Melas; el mismo archiduque Fernando, que servía á sus órdenes, fué separado. El archiduque Juan, príncipe joven, muy instruido, bizarro en extremo, pero sin experiencia de guerra, con la cabeza llena de teorías y alucinada su imaginación con las maniobras del general Bonaparte, aspirando á imitarlas á toda costa, fué llamado al mando supremo de los ejércitos imperiales. Era aquella una de las novedades que se introducen por vía de prueba en ocasiones desesperadas. Trasladóse el emperador en persona al ejército, á fin de pasarle revista y de reanimarle con su presencia.

Detúvose allí varios días acompañado de Mr. de Lherbach, negociador encargado de dirigirse á Luneville, y del joven archiduque Juan. Después de visto y examinado todo con sus consejeros, conoció que nada estaba dispuesto, y que aún no se hallaba el ejército suficientemente restablecido, ni en lo material, ni en lo moral, para renovar inmediatamente las hostilidades. Fué enviado, por lo tanto, Mr. de Lherbach al cuartel general de Moreau, por ver si podrían aún obtenerse del gobierno francés algunos días más de armisticio. Supo el austriaco de Moreau las condiciones que exigía el primer cónsul para una nueva tregua; consintió de mal grado en ellas, y el 20 de septiembre (tercer día complementario del año VIII) concluyó con el general Lahorie en el pueblo de Hohenlinden, destinado á ser célebre muy pronto, una nueva prórroga de armisticio. Fué preciso entregar las plazas de Philipsburgo, Ulm é Ingolstadt al ejército francés, para que dispusiera de ellas á su antojo, y en cambio se prorrogaba el armisticio por espacio de cuarenta y cinco días, contando desde el 21 de septiembre, é incluso los quince en que había de notificarse la renovación de las hostilidades caso de tener que recurrir á ellas más adelante.

Regresó á Viena el emperador poco satisfecho de su aparición ante el ejército, que no había tenido otro resultado que abandonar á los franceses las plazas más fuertes del imperio. Devorábale la pesadumbre, el pueblo participaba de su sentimiento, y acusaba á Mr. de Thugut de haberse entregado enteramente á la Inglaterra. Acababa de presentarse en Viena la reina Carolina de Nápoles, acompañada del almirante Nelson y lady Hamilton, para sostener allí el partido de la guerra; pero el clamor público era extremado. Acusábase á Mr. de Thugut de graves faltas, tales como la negativa á acoger las proposiciones pacíficas hechas por el primer cónsul al comenzar el invierno: la mala elección de las operaciones militares; la obstinación en no creer en el ejército de reserva, ni aun cuando atravesaba ya el San Bernardo; la reconcentración de las principales fuerzas del imperio en la Liguria para complacer á los ingleses que se lisonjaban de ocupar á Tolón, y finalmente, el compromiso á que se había sujetado con el gobierno británico á no tratar sin su intervención, compromiso firmado el 20 de junio en circunstancias en que convenía por el contrario quedar en plena libertad. Estos cargos eran en gran parte fundados; pero fueranlo ó no, los abonaban los sucesos, porque Mr. de Thugut no había logrado cosa alguna, y los pueblos sólo juzgan por los resultados de las cosas. Tuvo, pues, Mr. de Thu-

gut que ceder á las circunstancias, é hizo dimisión, conservando, no obstante, considerable influencia en el gabinete austriaco. Sucedióle Mr. de Lherbach en la dirección de Negocios extranjeros, y para reemplazar á éste en el congreso de Luneville, se designó á Mr. de Cobentzel, diplomático ya de nota y personalmente grato al general Bonaparte, con el cual había negociado el tratado de Campo-Formio. Esperábase que Mr. de Cobentzel sería más apto que otro alguno para restablecer la buena armonía con el gobierno francés, y que hallándose Luneville á poca distancia de París, no dejaría de pasar alguna que otra vez á esta capital para entrar en relaciones directas con el primer cónsul.

La entrega hecha al ejército francés de las tres plazas de Ulm, Ingolstadt y Philipsburgo venía muy á propósito para la celebración de la fiesta del 1.º vendimiario, pues debía reanimar las esperanzas de la paz, poniendo en evidencia la apurada situación del Austria. Dicha fiesta, una de las dos que había conservado la Constitución, estaba destinada á celebrar el aniversario de la fundación de la república. Quería el primer cónsul que no fuese menos lucida que la del 14 de julio, á la que tan oportuno realce había dado la entrega de las banderas conquistadas en la última campaña en el suntuoso cuartel de Inválidos, y deseaba que se señalase por un carácter no menos patriótico, pero más severo que el de todas cuantas se habían celebrado en el transcurso de la revolución, y sobre todo que estuviese exenta de la ridiculidad que lleva consigo la imitación de los usos antiguos en los tiempos modernos.

Es forzoso confesar que la religión deja un gran vacío en las solemnidades de los pueblos cuando se la destierra de ellas. Los juegos públicos, las representaciones teatrales, los fuegos que iluminan la noche con su brillo pueden ocupar á un pueblo una parte de la jornada, cuando se reúne para regocijarse por cualquier suceso, pero mal podrán ocuparle y divertirle el día entero. En todos los tiempos se han mostrado propensas las naciones á acudir al pie de los altares para celebrar sus victorias, convirtiendo sus ceremonias públicas en acciones de gracias á la Divinidad. ¡Pero la Francia no tenía altares! Los que habían levantado á la diosa Razón, durante el régimen del terror, las aras que los neofalántropos cubrían candorosamente de flores bajo el régimen licencioso del Directorio, habían caído en el más completo ridículo; porque en materia de altares sólo infunden respeto los que son antiguos. Ahora, pues, el antiguo altar de la Francia católica no se hallaba restablecido todavía; por cuya razón sólo se celebraban ceremonias en cierto modo académicas bajo la cúpula de los Inválidos; pronunciábanse discursos elegantes como los de Fontanes, ó entonábanse cantos patrióticos como los de Meuhl ó Lesueur. Bien lo conocía el primer cónsul, y así procuró substituir á la falta de carácter religioso un carácter profundamente moral.

Del mismo modo que el homenaje tributado á Washington y la entrega de las banderas de Marengo habían suministrado ya asunto para celebrar dos fiestas bajo el consulado, asimismo supo hallar en un grande acto reparador objeto digno para la función del 1.º vendimiario del año IX (23 de septiembre de 1800).

Cuando se cometió la violación de los sepulcros de San Dionisio, se había encontrado perfectamente con-

servado el cuerpo de Turena, y un movimiento involuntario de respeto había salvado aquellos despojos de la profanación común en medio de los arrebatos del populacho. Depositado primero en el Jardín de Plantas, fué confiado después á un tal Mr. Alejandro Lenoir, cuyo piadoso celo, digno de ser acatado por la historia, nos había conservado una multitud de monumentos antiguos que tenía reunidos en el museo de los Pequeños Agustinos. Allí era donde estaban los restos de Turena expuestos más bien á la curiosidad que al respeto de los pueblos. Imaginó el primer cónsul colocar los despojos de aquel grande hombre bajo la cúpula de los Inválidos y bajo la custodia de nuestros veteranos. Honrar á un general ilustre y á un servidor de la antigua monarquía, era unir en cierto modo las glorias de Luis XIV con las de la república y restablecer el respeto á lo pasado sin ultrajar á lo presente; era en suma toda la política del primer cónsul bajo la forma más noble y más elocuente. Debía verificarse dicha traslación el último día complementario del año VIII (22 de septiembre), y al día siguiente, 1.º vendimiario del año IX (23 de septiembre), había de colocarse la primera piedra del monumento consagrado á Kléber y á Desaix. De modo que en el tiempo mismo en que nuestra tierra, obediente á las leyes que regulan sus movimientos, ponía fin á un gran siglo dando nacimiento á otro grande también si su término es digno de su comienzo, en aquel mismo momento quiso el primer cónsul dejar consignado el doble homenaje tributado á los héroes de los tiempos que pasaron y á los dos héroes del tiempo presente. Para realzar más lo espléndido de ambas ceremonias, imitó en cierto modo lo que se practicó en la Federación de 1790, y exigió que todos los departamentos le enviaran representantes, que dieran con su presencia á aquellas festividades un carácter, no ya parisense, sino francés y general. Apresuráronse los departamentos á corresponder á dicho llamamiento, y eligieron á ciudadanos notables que acudieron en tropel á París, atraídos por la curiosidad, por el deseo de ver de cerca reinar la calma donde antes imperó la violencia y la prosperidad triunfante de la miseria, de la anarquía, y sobre todo por el natural deseo de acercarse á un hombre grande y conversar quizá con él.

El quinto día complementario del año VIII (22 de septiembre) se reunieron las autoridades públicas en el museo de los Pequeños Agustinos para recibir la carroza en que iba conducido el cuerpo de Turena. Tirábanla cuatro caballos blancos, y lucía sobre ella la espada del héroe de la monarquía que conservaba la familia de Bouillón y que prestó al gobierno para aquella noble ceremonia. Cuatro generales veteranos, mutilados en el servicio de la república, llevaban los cordones de la carroza; delante iba un caballo pío semejante al que solía montar Turena, con jaeces iguales á los que se usaban en aquella época, y llevado del diestro por un negro, reproduciendo de este modo con exactitud algunas imágenes del siglo á que se rendía tributo. Marchaban en torno del carro los Inválidos, y seguían después algunas lucidas tropas de las que volvían del Po y del Danubio. Atravesó por París aquel singular y noble cortejo por entre inmenso gentío, y se dirigió á los Inválidos, donde le esperaba el primer cónsul en medio de los enviados de los departamentos, tanto de la antigua Francia de

Luis XIV cuanto de la Francia moderna, representando estos últimos la Bélgica, el Luxemburgo, las provincias rinianas, la Saboya y el condado de Niza. El precioso depósito que aquel cortejo traía fué colocado bajo la misma cúpula. El ministro de la Guerra, Carnot, pronunció un discurso sencillo y oportuno, y mientras llenaba las bóvedas del edificio una música grave y patética, fué colocado el cuerpo de Turena en el mausoleo donde hoy reposa, y donde iba á reunirse con él en breve el del ilustre y virtuoso Vaubán (1), su compañero de gloria; donde debía juntarse con él más tarde el autor de las grandes hazañas que aquí narramos, y donde permanecerá de seguro rodeado de tan augusta compañía mientras duren los siglos otorgados por el cielo á la Francia.

¡Si hay algo que pueda reemplazar ó igualar acaso á las pompas de la religión en tiempos como los nuestros en que la fe se muestra tan tibia, son sin duda los espectáculos de la especie de éste!

En la noche de aquel día se quiso ofrecer al pueblo de la capital una diversión menos grosera que la de costumbre, y se dió gratuitamente la representación del *Tartufe* y del *Cid*. Asistió á dicha representación el primer cónsul, y su presencia, su intención, adivinada por instinto por aquel pueblo sensible y despejado, todo, en fin, contribuyó á que reinase en aquella reunión tumultuosa el mayor decoro, cosa poco común en las funciones gratuitas. Sólo interrumpió el silencio la exclamación mil veces repetida de: *¡Viva la república! ¡Viva el general Bonaparte!*

Al día siguiente, acompañado el primer cónsul, como la víspera, de las autoridades públicas y de los enviados de los departamentos, se dirigió á la plaza de las Victorias, donde debía erigirse un monumento de estilo egipcio destinado á recibir los restos mortales de Kléber y de Desaix, que quería el primer cónsul descansar unidos. Colocó él la primera piedra, y luego montó á caballo para trasladarse á los Inválidos. Allí, su hermano Luciano, ministro del Interior á la sazón, pronunció sobre el estado de la república un discurso que produjo gran sensación. Fueron muy aplaudidos algunos de sus pasajes, especialmente éste, que hacía referencia al siglo presente y al siglo de Luis XIV: «¡No parece sino que en este momento se encuentran estos dos grandes siglos, y se dan la mano sobre este augusto sepulcro!» El orador, al pronunciar estas palabras, señalaba el sepulcro de Turena. Respondiéronle unánimes aplausos, los cuales probaron que todos los corazones, sin renegar de lo presente, estaban dispuestos á adoptar todo lo bueno de lo pasado, y para que el espectáculo fuese completo, para que en aquella escena tan noble de suyo no dejasen de tener su parte las ilusiones comunes de la naturaleza humana, seguía el orador exclamando: *¡Dichosa la generación que ve terminar con la república la revolución que comenzó bajo la monarquía!*

Recibió el primer cónsul durante aquella ceremonia una parte telegráfica que le anunciaba la tregua de Hohenlinden, y la entrega de las tres plazas de Philipsburgo, Ulm é Ingolstadt; transmitió á su hermano Luciano un papel, le leyó éste á los concurrentes, y al

(1) Célebre ingeniero francés del siglo XVII á quien debió grandes progresos el arte de la fortificación y asedio de las plazas, (N. del T.)

punto resonaron más aplausos que había arrancado la alocución académica del ministro del Interior. A pesar del respeto debido á aquel paraje, los gritos de *Viva Bonaparte!* *Viva la república!* hicieron retremblar las bóvedas de la suntuosa fábrica. Publicóse inmediatamente la noticia en París y produjo una satisfacción mucho más positiva que todos los regocijos destinados á la recreación de la muchedumbre. Ya no se temía la guerra; el genio del primer cónsul y el valor de los ejércitos franceses infundían entera confianza para el caso en que fuera menester continuarla; pero después de tantas batallas, y á vuelta de tantas turbulencias, se deseaba gozar en paz la gloria adquirida y la prosperidad que comenzaba á despuntar.

Hacía efectivamente esta prosperidad rápidos progresos. Si la sola presencia del general Bonaparte había bastado el 18 brumario para volver á alentar los ánimos, tranquilizarlos, sosegarlos y devolverles la esperanza, ¿qué no había de esperarse ahora que los triunfos de nuestros ejércitos, la apresurada vuelta de la Europa á nuestra amistad, la perspectiva de una paz cercana y gloriosa, y en fin, la tranquilidad restablecida dondequiera, habían realizado las esperanzas concebidas en el primer momento de confianza?

Dichas esperanzas se iban ya trocando en realidades, y puede decirse que sólo en el transcurso de diez meses, desde noviembre de 1799 á septiembre de 1800, había cambiado la Francia de aspecto. Los fondos públicos, expresión vulgar, pero positiva del estado de los ánimos, habían subido desde doce francos (precio real en que se vendía una renta de cinco francos la víspera del 18 brumario) á cuarenta, y tendían á elevarse hasta cincuenta.

Los censalistas acababan de recibir un semestre en dinero, cosa jamás vista desde el principio de nuestra revolución. Este fenómeno rentístico produjo grande efecto, y no fué en verdad reputado como una de las menores victorias del primer cónsul. ¿Cómo había podido obrar aquel prodigio?.. Este era un enigma que la generalidad del público explicaba diciendo que poseía el poder singular, que en él reconocían todos, de hacer cuanto se le antojaba.

Pero en este mundo no hay milagros; los triunfos reales y positivos no tienen más causa que el buen seso auxiliado por una voluntad enérgica. Tal fué la causa única de los felices resultados obtenidos por la administración del primer cónsul. Remedió primero el verdadero mal que consistía en la lentitud con que se recaudaban los impuestos; había establecido con este objeto una agencia especial, encargada de la formación de las listas de los contribuyentes y de los cupos, que con demasiada condescendencia se habían dejado hasta entonces á cargo de los concejos. Dicha agencia especial, estimulada por los prefectos, creación debida también al gobierno consular, había formado listas de los atrasos de los años VII y VIII, y tenía terminadas también las del año IX entrante (de septiembre de 1800 á septiembre de 1801). Así que, por la primera vez después de la revolución, iban á empezar á cobrarse las cuotas del año corriente desde el primer día de este año. Los recaudadores generales, recibiendo exactamente el impuesto, podían satisfacer con toda puntualidad las obligaciones mensuales que habían suscrito, y

en efecto, al fin de cada mes las habían satisfecho siempre. Dijimos que para asegurar el crédito de estas obligaciones, el Tesoro había exigido de los recaudadores una fianza en metálico, que depositada en la Caja de Amortización debía servir para el pago de las obligaciones que fuesen protestadas. No se necesitó más que un millón de francos de los veinte que componían la suma total de las fianzas para cubrir el pago de las obligaciones no satisfechas, de modo que adquirieron desde luego dichas obligaciones en general tanto crédito como el mejor papel de comercio. Al principio no se descontaron más que á tres cuartos por ciento al mes, es decir, al nueve por ciento al año; ahora ya podían descontarse al ocho, y aun al siete, interés sumamente módico, sobre todo si se compara con el que el gobierno había sufrido hasta entonces. Ahora bien; como las contribuciones directas representaban cerca de trescientos millones en un presupuesto total de quinientos, tuvo el Tesoro en su poder desde el primer día en que empezó á regir dicho presupuesto los trescientos millones en valores de facilísima realización. En vez de recibir nada ó casi nada, como antes sucedía, y de no recibir sino con grande atraso lo poco que cobraba, tenía á su disposición desde el 1.º vendimiario la mejor parte de las rentas públicas. Tal fué el resultado de haber formado las listas en tiempo oportuno, y de aquel sistema de letras de cambio mensuales giradas bajo el nombre de obligaciones contra las arcas de los recaudadores generales. Quitando á éstos el pretexto de la tardanza en el cobro, nada fué más sencillo que exigirles la remesa de los fondos á día fijo.

El año VIII, que acababa de expirar (con el mes de septiembre de 1800), no había ofrecido tanta facilidad para sacar el fruto de esta reforma como parecía prometer el año IX. Había sido preciso recoger todos los papeles anteriormente emitidos como *bonos de atrasos*, *bonos de suministros*, *delegaciones*, etc. Se habían recogido estas diversas clases de papel, ya como en pago de las contribuciones anteriores y por medio de ciertas transacciones hechas con los tenedores; la renta del año VIII debió disminuir en otro tanto y resultar por consiguiente un déficit para esta operación. Pero como las victorias trasladaron á nuestros ejércitos á países enemigos, se vió el Tesoro inmediatamente aliviado de la carga de mantenerlos, y con unos cuantos bienes nacionales que empezaban á venderse ventajosamente se podía cubrir más tarde el déficit de aquel año. El año IX no debía ofrecer ninguna de estas dificultades. No habían vuelto á emitirse *bonos de atrasos*, porque los rentistas iban á ser pagados en lo sucesivo en metálico; tampoco *bonos de suministros*, porque los ejércitos estaban mantenidos por el Tesoro francés ó por el Tesoro extranjero; ni *delegaciones*, en fin, porque, como ya dejamos dicho, había adoptado el primer cónsul un sistema invariable con respecto á los que negociaban con el Estado: á éstos, ó nada les daba, ó dábales dinero, y en cuanto á dinero más que otro cualquiera de los gobiernos precedentes. Celebraba todas las semanas un consejo de hacienda, hacía que le presentasen un estado de los recursos y de las necesidades de cada ministerio, daba la preferencia á las necesidades más urgentes, y distribuía exactamente, sin disponer nunca de más, los recursos cuya cobranza estaba asegurada. Con seme-

jante constancia y firmeza de conducta no había temor de tener que emitir más papel, y no dando curso á valores ficticios, no podían aparecer ya éstos en la circulación. Por consiguiente, en el año IX no podía entrar en el tesoro más que numerario.

Acababan de ser pagados los rentistas por el Banco de Francia. Sólo contaba éste seis meses de existencia, y había ya podido emitir una suma considerable de billetes que recibía el público como si fuesen dinero. Las necesidades del comercio, y la conducta del gobierno con el nuevo establecimiento, fueron la causa de tan felices y prontos resultados. Este progreso tuvo lugar del modo siguiente. Hemos dicho que de las fianzas en dinero, que ascendían á veinte millones, había bastado un millón solo para mantener el crédito de las obligaciones. El resto había quedado sin empleo, y por grande que fuese la tentación de emplear aquellos diez y nueve millones en necesidades urgentes, no había titubeado el gobierno en imponerse las más duras privaciones para consagrar cinco millones á la compra de acciones del Banco, cuyos valores puso inmediatamente á su disposición. No se limitó á esto, sino que depositó en el mismo en cuenta corriente todo el exceso de los fondos disponibles. La cuenta corriente se compone de las sumas que se entregan con la condición de retirarlas cuando acomoda, según las necesidades de cada día. Contando de repente el Banco con tales recursos, se apresuró á hacer el descuento y á emitir billetes que, cambiados siempre por dinero á voluntad de los portadores, adquirieron en pocos meses todo el valor del numerario. Parecerá acaso hoy día que esto es muy sencillo, puesto que vemos en las más pequeñas poblaciones realizado este fenómeno de la manera más fácil y prosperar una multitud de bancos desde el mismo día de su fundación; pero en la época á que nos referimos, después de tantas bancarrotas, después de la aversión al papel que habían inspirado los asignados, era una especie de prodigio comercial debido á un gobierno que poseía en el grado más eminente el don de inspirar confianza.

Pensó desde entonces el Tesoro en confiar al Banco diversos servicios ventajosos á un mismo tiempo para el establecimiento y para el Estado, y con particularidad el de pagar las rentas. Hízolo por medio de una negociación en extremo sencilla. Las obligaciones de los recaudadores generales equivalían á buenas letras de cambio; ofreció el Tesoro al Banco descontar una cantidad de ellas equivalente á veinte millones, lo cual le proporcionaba una operación muy ventajosa, puesto que el descuento se hacía al seis ó siete por ciento, siendo además segura en un todo, por cuanto dichas obligaciones habían llegado á ser valores infalibles. El Banco, por consiguiente, tuvo que pagar un semestre á los rentistas, quienes recibieron de él dinero ó billetes á elección.

De este modo en unos cuantos meses se proporcionó el gobierno, sabiendo imponerse privaciones, un instrumento poderoso que, en cambio de diez ó doce millones de socorros que había recibido momentáneamente, podía en lo sucesivo prestar servicios por centenares de millones.

Renacía, pues, por doquiera el desahogo en las rentas; sólo quedaba un mal sensible en medio del bienes-

tar general, y era la condición en que estaba la propiedad territorial. En lo más recio de nuestras turbulencias, los propietarios de tierras ó de fincas urbanas habían disfrutado la ventaja de no pagar tributos, merced á los asignados; pero ahora era muy diverso; había que pagar en primer lugar lo atrasado y después lo corriente, y todo en metálico. Para los propietarios pobres era esta carga verdaderamente abrumadora; desde luego se habían pasado en el presupuesto cinco millones de no-valores con la intención de descargar á los contribuyentes más apremiados, y fué preciso consagrar al mismo objeto una suma muy superior. Era una especie de cuenta de *pérdida y ganancia* abierta á los contribuyentes, de resultados de la cual se les abandonaba lo pasado á fin de lograr el pago puntual de lo presente. La propiedad territorial no puede bastar por sí sola en un Estado á satisfacer las cargas públicas; es absolutamente preciso que se impongan además contribuciones sobre los consumos. La revolución, al abolir los impuestos sobre las bebidas, la sal y otros varios géneros, había cegado una de las dos fuentes indispensables de la riqueza pública. No había llegado aún la hora de abrirla de nuevo; esta gloria era una de las reservadas para más adelante al restaurador del orden y de la sociedad en Francia. Pero ¡cuántas preocupaciones había que vencer antes! Con la creación de los arbitrios de puertas para ocurrir á las necesidades de los hospitales, hizo el primer ensayo provechoso de una restauración que, en el concepto de todos, había de ser tarde ó temprano indispensable.

Aun cuando la propiedad territorial estuviese excesivamente recargada por un instante, no por eso dejaba de propagarse por todas las clases un sentimiento general de bienestar. Percibíase una feliz renovación por doquiera, y á todos alentaba el deseo de acometer nuevas empresas y trabajos.

Pero aún era preciso hacer otros muchos esfuerzos en aquella sociedad trastornada para volver á poner cada cosa, no ya en un estado perfecto, á lo cual se podía aspirar con el tiempo, sino sólo en un estado tolerable. Se acaba de ver lo que fué preciso hacer por lo tocante á la hacienda; pero había otro ramo no menos importante y tan desorganizado como el de las rentas, y era el de los caminos públicos. Las carreteras habían llegado á quedar casi intransitables. Sabido es que bastan, no algunos años, sino sólo unos cuantos meses de descuidos para convertir en barrancos el piso artificial que construyen los hombres en la tierra para arrastrar por él sus cargas; y hacía cerca de diez años que los caminos estaban casi abandonados en Francia. Habíase atendido á su conservación bajo el antiguo régimen por medio de servidumbres corporales forzadas, y desde la revolución con el arbitrio de una suma incluida en el presupuesto general, que por cierto no se había satisfecho con más puntualidad que otras destinadas á los demás servicios. Viendo el Directorio lo que acontecía, ocurriósele la idea de un recurso especial que no pudiese ser enajenado ni faltar nunca, y para conseguir este fin estableció un derecho de conservación, y creó portazgos para su cobranza. Este derecho fué arrendado á los mismos empresarios de caminos, los cuales, mal vigilados, defraudaban á la vez la cobranza del tanto y el empleo ó inversión de sus productos. Por otra parte,